

histórico de las ciencias no corresponde en nada á su posición en la jerarquía de Comte, que no perderé mi tiempo en reproducir su refutación.

Hé aquí una tercera proposición de M. Comte, para hacer valer su clasificación de las ciencias:

"En tercer lugar, esta clasificación presenta la propiedad muy notable de marcar exactamente la perfección relativa de las diferentes ciencias, la cual consiste esencialmente en el grado de precisión de los conocimientos y en su coordinación más ó menos íntima." (1)

Me es del todo imposible comprender la distinción que M. Comte intenta establecer en este pasaje, á pesar de las ampliaciones que da un poco más lejos. Cada ciencia debe componerse de conocimientos precisos, y estos conocimientos coordinarse en proposiciones generales, sin cuyo requisito no constituirían una ciencia. Cuando M. Comte nos dice, para explicar las afirmaciones citadas arriba, que "los fenómenos orgánicos no necesitan sino un estudio á la vez ménos exacto y ménos sistemático que los fenómenos de los cuerpos brutos," no puedo darme cuenta de lo que esto significa. Cuando afirmo que por la excitación de un nervio motor, el músculo al que se dirige viene á ser á la vez más corto y más grueso sin cambiar de volumen, esta afirmación me parece no solamente tan verdadera, sino tan precisa ó exacta, como la del físico que nos enseña que calentando una barra de hierro, la barra viene á ser á la vez más larga y más gruesa, tomando un volumen más considerable; y en cuanto á la precisión, no veo diferencia entre la enunciación de esta ley morfológica: los animales que dan de mamar á sus hijos, tienen dos cóndilos occipitales, y la de esta ley física: el agua sometida á la electrolisis se descompone en oxígeno é hidrógeno, cuyo peso total es igual al peso del agua descompuesta. En cuanto á decir que las investigaciones anatómicas ó fisiológicas son ménos sistemáticas que las del físico ó el químico, es una aseveración verdaderamente inconcebible. Los métodos de las ciencias físicas son siempre los mismos en principio, y el fisiologista, cuyas investigaciones no fuesen sistemáticas, fracasará en su estudio, más pronto aún que el que se ocupa en objetos más sencillos.

Así, pues, la clasificación de las ciencias, según M. Comte, me parece completamente defectuosa bajo todos aspectos. En este artículo, ya bien largo, es imposible investigar cómo se le sustituirá una clasificación mejor, y eso es tanto ménos necesario, cuanto que M. Spencer acaba de publicar una segunda edición de su notable ensayo sobre este mismo asunto.

2.^o La segunda afirmación que me he creído con derecho de hacer en el artículo al cual me he referido con tanta frecuencia, es que la filosofía positiva contiene tantas cosas contrarias á la esencia misma de la ciencia, como las que encierra el catolicismo ultramontano.

Estas palabras se refieren por una parte al dogmatismo y al espíritu estrecho que reinan tan frecuentemente en M. Comte, cuando discute doctrinas que le desagradan, y que reducen la expresión de sus opiniones á simples puerilidades apasionadas. Esto es lo que

(1) Comte, *Filos. pos.*, t. I, pág. 78.

tiene lugar, por ejemplo, en toda su argumentación contra la teoría de un éter; y cuando declama contra la psicología ó la economía política, su lenguaje no es digno de un sabio. Por otra parte, yo hacia alusión á ese espíritu inquieto de sistematización, de reglamentación, que llena la Filosofía positiva y se muestra en los últimos volúmenes de esta obra, de modo que nos hace prever las monstruosidades anticientíficas de los últimos escritos de Comte.

Los que quieren establecer una línea de separación entre el espíritu de la *Filosofía positiva* y el de la *Política*, y las obras subsecuentes (si puedo expresar mi opinión formada según un estudio incompleto de estas últimas obras), me parece que no han atendido á lo que M. Comte intenta probar, y prueba muy efectivamente, en el apéndice general de la *Política positiva*. "Desde un principio, dice, intenté fundar el nuevo poder especial que yo instituí hoy. Mi política, lejos de estar opuesta á mi filosofía, constituye de tal manera su continuación natural, que ésta fué instituida directamente para servir de base á aquella, como lo prueba éste apéndice." (1)

Esto es perfectamente exacto. En su notable ensayo intitulado: *Consideraciones acerca del poder espiritual*, publicado en Marzo de 1826, Comte propone el establecimiento de un poder espiritual moderno, que podría en sus previsiones, ejercer sobre los negocios temporales una influencia mayor que la del clero católico en el siglo doce, época de toda su independencia y de su mayor poder. Este poder espiritual debe, según el autor, gobernar la opinión y ejercer sobre la educación una fiscalización suprema en todas las naciones de Oriente; además, los poderes espirituales de los diferentes pueblos europeos, deben asociarse y someterse á una dirección común ó *soberanía espiritual*.

Así pues, cuatro años antes de la publicación del primer volumen de la *Filosofía positiva*, M. Comte había ya organizado completamente en su espíritu un sistema de *catolicismo sin cristianismo*, y naturalmente el espíritu pontifical se muestra en la última obra no solamente como acabo de indicarlo, sino de una manera más notoria aún, por un ataque contra la libertad de conciencia que aparece en el cuarto volumen:

"No hay libertad de conciencia en astronomía, en física, en química, en filosofía tampoco, en el sentido que cada uno encontrase absurdo no tener confianza en los principios establecidos en la ciencia por los hombres competentes."

El ultramontanismo no tiene, según yo, nada más completamente sacerdotal y más contrario al espíritu científico, que lo que acabo de citar. Todos los grandes progresos científicos son debidos justamente á hombres que no han titubeado en dudar de los principios establecidos en las ciencias por *los hombres competentes*; y la gran enseñanza de la ciencia, su grande utilidad como medio de disciplina mental, es que ella nos inculca ésta máxima: el solo derecho de una afirmación á la creencia depende de la imposibilidad de una refutación.

Así sin pasar los límites de la *Filosofía positiva*, vemos que su autor idea el establecimiento de un sistema social, en el cual un poder espiritual organizado debe dominar y dirigir el poder temporal tan absolutamente como los Inocencios y los Gregorios han querido gobernar la Europa de la edad media; y de este sistema se proscriben la libertad

(1) Comte, *loc. cit.*, prefacio especial, pp. I, II.

de conciencia que se ejerciese en oposicion con los hombres competentes de que debe componerse el nuevo clero del positivismo. M. Congreve habia olvidado todo esto, así como otras partes de la *Filosofía positiva*, á lo que parece, cuando ha escrito que ateniéndose estrictamente al sentido preciso de las palabras, "no es permitido á un hombre de buena fé decir que la *Filosofía positiva* contiene muchas cosas tan contrarias á la ciencia como podría contenerlas el sistema católico." (1)

Así pues, segun se ha podido notar, M. Comte quiere conservar toda la organizacion católica, y el resultado lógico de esta parte de su doctrina en la práctica, seria el establecimiento de una institucion que corresponderia á la Inquisicion, institucion eminentemente católica, pero tambien muy contraria al espíritu científico, segun el comun sentir.

Espero haber dicho lo bastante para demostrar que en lo poco que he escrito acerca de M. Comte y su filosofía, no he hablado á la ligera, sin nociones suficientes, y por malevolencia. Despues de haber desarrollado mi pensamiento, no quisiera hacer creer que para mí las obras de Comte carezcan absolutamente de valor. Respeto con todo mi corazón á aquellos que impulsados por él han reflexionado profundamente en las problemas sociales y luchan como buenos por regenerar á la sociedad. Ellos tienen toda mi simpatía; y este impulso dado por él salvará del olvido el nombre y la reputacion de Augusto Comte. En cuanto á su Filosofía, yo la abandono citando sus propias palabras, que me han sido referidas por un ex-positivista, actualmente uno de los hombres más eminentes del Instituto de Francia, M. Carlos Robin.

"La filosofía es una tentativa incesante del espíritu humano para llegar al reposo; mas tambien se encuentra incesantemente desarreglada por los continuos progresos de la ciencia. De ahí viene para el filósofo la obligacion de rehacer cada noche la síntesis de sus concepciones, y vendrá un dia en que el hombre razonable no haga más que esa oracion al anochecer."

EL ASENTIMIENTO.

Llámase asentimiento, el acto en virtud del cual el espíritu reconoce por verdadera una proposicion, una percepcion ó una idea. De aquí resulta que el asentimiento hace necesariamente parte del juicio; porque si se quita de esta última operacion el acto por el cual afirmo ó niego, por el cual reconozco que una cosa es ó no es, sea absolutamente, sea con relacion á otra, no quedará más que una simple concepcion sin valor lógico, una proposicion que hay que examinar antes de admitirla. El mismo acto es necesario á la percepcion, que puede no ser para nosotros sino una simple apariencia, mientras que el espíritu no la ha reconocido en sí misma por verdadera. Así es como han existido filósofos, que han puesto en duda la realidad de los objetos percibidos, ó que han creído necesario convencerse de ella por el raciocinio. El asentimiento es espontáneo ó reflexivo, libre ó necesario. Es libre cuando no es impuesto por la evidencia, necesario cuando no puedo rehusarlo sin ponerme en contradiccion conmigo mismo. Los estoicos son los primeros, y tal vez los únicos filósofos de la antigüedad, que hayan dado al hecho de que tratamos un lugar importante en la teoría del conocimiento: al mismo tiempo que admitian con la escuela sensualista, que la mayor parte de nuestras ideas nos vienen de fuera, no creían que las imágenes puramente sensibles pudiesen convertirse en conocimientos reales sin un acto espontáneo, que no es otra cosa que el asentimiento.—(*Diccionario de las ciencias filosóficas.*)

(1) Yo habia dicho á la *esencia de la ciencia*, para indicar que consideraba el espíritu científico y no sus detalles; pero M. Congreve ha creído conveniente hacer á un lado esta palabra importante.

LA METAFÍSICA Y EL POSITIVISMO.

(Traducido de la obra intitulada "La ciencia positiva y la metafísica," escrita por M. L. Liard, profesor de filosofía en la facultad de letras de Burdeos, y coronada por la Academia de Ciencias morales y políticas.)

I.

Las ciencias tienen por objeto descubrir las leyes de los fenómenos; esto es: relaciones relativamente universales y relativamente necesarias entre términos relativamente simples; descomponen la experiencia actual y componen la experiencia futura, de donde se sigue que les está vedado el acceso á lo absoluto. De aquí ha deducido la imposibilidad de la metafísica, una doctrina filosófica que reduce todo el saber humano á los conocimientos científicos propiamente dichos. Para el positivismo "toda proposicion que no es finalmente reducible á la simple enunciacion de un hecho particular ó general, no puede tener sentido alguno real é inteligible;" (1) sólo es objeto de la ciencia lo positivo ó lo real, esto es, el conjunto de hechos conocidos por la experiencia; no existen principios anteriores y superiores á los fenómenos, ni causas eficientes y finales de las cosas que aparecen en el espacio y en el tiempo; ó si existen, son para nosotros como si no existiesen, puesto que no podemos adquirir su conocimiento. En efecto, estos principios y estas causas no se hallan en el número de los hechos, y desde Bacon, es una máxima por todos recibida y hasta vulgar "la necesidad de tomar los hechos observados por base directa ó indirecta, pero siempre la única decisiva de toda especulacion." (2)

Es enteramente histórica la prueba que da el positivismo de la relatividad de todo conocimiento humano, y por lo mismo, de la ilegitimidad de toda investigacion concerniente á lo absoluto. Si consideramos las diferentes ciencias que, desde la division del trabajo intelectual, se han repartido los dominios que el espíritu tiene que explotar, se verá que cada una de ellas, antes de quedar definitivamente construida, y de alcanzar resultados verdaderamente científicos, ha pasado por dos estados preparatorios: el teológico y el metafísico.

(1) Comte, artículo del Catecismo de los Industriales, 1835.

(2) A. Comte, *Curso de Filosofía Positiva*, leccion 58.